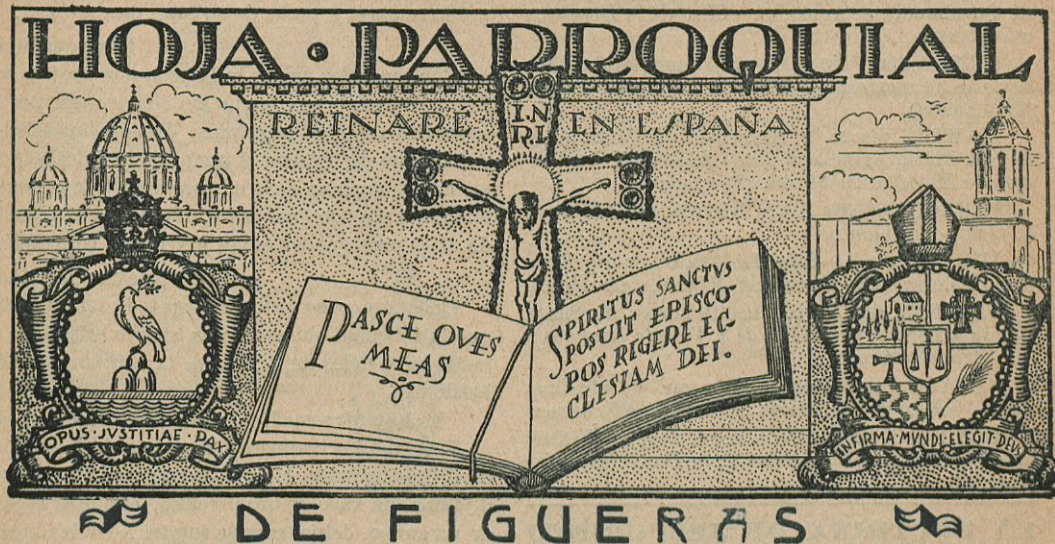




EVANGELIO DE LA DOMINICA

Aquel mismo día, primero después del Sábado, siendo ya tarde y estando cerradas las puertas de la casa, en donde se hallaban juntos los discípulos, por miedo a los Judíos, vino Jesús, y apareciéndose en medio de ellos les dijo: ¡La paz sea con vosotros! Esto dicho, mostróles manos y costado. Llenáronse de gozo los discípulos viendo al Señor. Díjoles de nuevo: ¡La paz sea con vosotros! Como mi Padre me envió, así yo os envío. Dichas estas palabras, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. Quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes les perdonaréis; y quedan retenidos a los que se los retuviereis. Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le dijeron: Hemos visto al Señor. Mas él les dijo: Si no viere en sus manos la hendidura de los clavos y metiere el dedo en el agujero de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no lo creeré. — Y al cabo de ocho días, estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos. Vino Jesús estando cerradas las puertas, y apareciéndose en medio de ellos les dijo: La paz sea con vosotros. Y después dijo a Tomás: Mete aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano, métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío! Díjole Jesús: Porque me has visto, Tomás, has creído: Bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído. Otros muchos milagros hizo Jesús ante sus discípulos, que no están escritos en este libro. Mas estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios: y para que creyendo tengáis vida en su nombre.

La confesión del que fué incrédulo

Al ponderar la gravedad de la incredulidad de Tomás no nos detengamos: pase-mos adelante y admiremos la sinceridad y el alcance de su confesión. «¡Señor mío y Dios mío!» dijo el Apóstol al caer de rodillas ante Jesús. Para reconocer la realidad de la Resurrección le habría bastado decir «Señor mío» pero arrebatado por una inspiración que no pudo venirle de la carne y de la sangre, saca la última consecuencia del hecho maravilloso y prorrumpe en una categórica confesión de la divinidad de Jesús. Es una confesión paralela a la célebre de San Pedro, y la Iglesia nos ha enseñado a estimarla recomendando sea formulada en el momento capital del Santo Sacrificio o sea a la elevación de la Hostia y del Cáliz. Procuremos pronunciarla siempre con la fe y la sinceridad de Tomás.